

sen subordinados momentáneamente á los de un embajador extraordinario" (1).

¡Fatales ilusiones, subsistentes á pesar de todo! M. Dubois de Saligny, cuyo principal peligro consistía en hallarse convencido de que procedía bien, M. Dubois de Saligny que, con toda buena fé, pero también con absoluta ceguedad se lanzara, detrás de M. de Gabriac, por un sendero funesto para Francia, perseveraba en él, con energía tanto mayor, cuanto que cada vez creía ser más grato al Emperador, de quien recibía estímulo. Siguió siendo el hombre preponderante en los consejos del nuevo general en jefe. La verdad no habría de abrirse paso sino más tarde ¡muy tarde!

(1) Extracto de la carta de 1.º de noviembre de 1862.

CAPITULO VI

Hechos bélicos.—Expedición á Jalapa, Tehuacán y Tampico (diciembre).—El 22 de febrero de 1863, Forey sale de Orizaba y marcha hacia Puebla.—Composición del cuerpo expedicionario.—Asedio de Puebla (16 de marzo). Proclama de Juárez.—Sitio de Puebla.—El general Bazaine.—Combate de San Lorenzo.—Rendición de la plaza (17 de mayo).—Carta de González Ortega al general Forey.—Solemne entrada de los franceses (19 de mayo.)

Los refuerzos que se anunciaron de Europa, llegaron poco á poco. El general Forey, que se había establecido en Orizaba desde el 20 de octubre, pensó en comenzar las operaciones militares.

No fué del dictamen del Emperador y creyó que le era preciso desembarazarse por los dos lados, antes de penetrar al interior.

Por una parte, encargó al general Bertier que se dirigiera hacia Jalapa y que desembarazase esa segunda via de comunicación con Veracruz, lo que se ejecutó rápida y felizmente; por otra parte, lanzó una columna, compuesta del 1.º regimiento de zuavos, de una batería de artillería y de dos escuadrones de cazadores de Africa, á las órdenes del coronel Brincourt, para que fuese, con el intendente y el pagador en jefe, á Tehuacán, á hacerse de vituallas.

Entre tanto, el vicealmirante Jurien de la Graviere, que no había permanecido en París sino el tiempo preciso para justificarse con el Emperador, lo que obtuvo plenamente, volvió al puesto difícil y peligroso de comandante de la escuadra francesa; su primer cuidado consistió en dirigirse, á bordo del acorazado "Normandía," hacia el Norte, donde ocupó el puerto de Tampico. Desgraciadamente, la fiebre amarilla azotó con tal violencia al cuerpo de desembarco, que el vicealmirante renunció á mantener una guarnición en ese puerto.

No perdía de vista el general Forey la circunstancia de que, mientras los franceses no se adueñaran de Puebla, su prestigio sería nulo, al par que su situación sería precaria. Todo lo organizó para marchar hacia esa plaza; pero lo hizo con lentitud y prudencia tan exageradas, como pudieron serlo el entusiasmo y la audacia de su predecesor.

Envío por delante al general Douay. Este, que seguía la misma ruta que Lorencez, llegó ante las Cumbres de Acultzingo; pero los mexicanos á los que tan fácilmente se desalojara de ellos la vez anterior, no se atrevieron á ensayar la resistencia y el paso fué franqueado sin dificultad. El general Douay avanzó entonces hasta Quetcholac.

Sabedor del éxito de esta marcha, el comandante en jefe ordenó á su segundo divisionario, general Bazaine, que se hallaba todavía en Veracruz, que se reuniese con la brigada Bertier en

Jalapa y que avanzara en seguida hacia la planicie de Anahuac; lo que hizo, después de haber ocupado el fuerte de Perote.

Creyendo llegada la oportunidad, el general Forey se decidió, por fin, á ponerse en movimiento. Dirigió á sus tropas una proclama en la que excitaba su ardor, mediante la pintura de la necesidad de vengar el fracaso del 5 de mayo y, con el grueso del ejército, salió de Orizaba, para marchar sobre Puebla. Era el 22 de febrero de 1863.

El cuerpo expedicionario se componía entonces de 30,600 hombres y contaba con 1,500 caballos y 52 piezas de artillería, de las que 12 eran de sitio y 2 morteros: cada una de estas piezas contaba con una provisión de 300 tiros.

He aquí el cuadro del estado mayor general y de los cuerpos de tropas que componían las divisiones:

Comandante en jefe: el general de división FOREY.

Jefe de estado mayor general: el general D'AUVERGNE.

Comandante de la artillería: el general DE LAUMIÈRE.

Comandante de ingenieros: el general VIALLA.

Jefe de los servicios administrativos: el intendente WOLF.

Pagador en jefe: Ernesto LOUET.

Comandante del tren de equipajes: el coronel HUGUENEY.

1.^a División mandada por el general BAZAINE.

18. ^o batallón de cazadores á pié.	} Brigada mandada por el general NEIGRE.
1er. batallón de zuavos.	
81. ^o regimiento de línea.	
20. ^o batallón de cazadores á pié.	} Brigada mandada por el general DE CASTAGNY.
3er. batallón de zuavos.	
95. ^o regimiento de línea.	

2.^a División mandada por el general F. DOUAY.

1er. batallón de cazadores á pié.	} Brigada mandada por el general LHERILLER.
2. ^o regimiento de zuavos.	
99. ^o regimiento de línea.	
7. ^o batallón de cazadores á pié.	} Brigada mandada por el general DE BERTIER.
51. ^o regimiento de línea.	
62. ^o regimiento de línea.	

Dos baterías de artillería.

Una compañía de ingenieros.

Reserva de artillería compuesta de cuatro baterías, de las que una era de sitio.

Tropas separadas:

El 3er. regimiento de infantería de marina;

Un batallón de fusileros marinos;

Un batallón de ingenieros coloniales;

Una brigada de caballería, al mando del gene-

ral DE MIRANDOL y compuesta de seis escuadrones de cazadores de Africa y de dos escuadrones del 12.^o regimiento de cazadores.

Los refuerzos enviados durante el sitio—el 7.^o regimiento de línea y la legión extranjera—formaron una brigada de reserva á las órdenes de general de Maussion.

El efectivo se elevó de esa suerte á cerca de 35,000 hombres. Los contingentes mexicanos de Márquez, Taboada, La Llave, etc., empleados como auxiliares, no pasaban de 3,000 hombres.

Al saber que se aproximaban las fuerzas francesas, Juárez vino á Puebla y, el 2 de marzo, lanzó esta proclama, destinada á inflamar el valor de los defensores de la ciudad:

“Soldados:

“Por fin el enemigo abandonará dentro de breves días la inacción en que le forzásteis á cambiar su arrogancia y satisfará vuestro más impaciente deseo, acercándose á esta ciudad que lleva un nombre tan ilustre para vosotros, como fatídico para los invasores de la patria. Así, pues, el emperador Napoleón III insiste en hacer probar los horrores de la guerra á un pueblo que había prodigado sus simpatías y sus favores á los franceses. La conciencia de todas las naciones civilizadas ha condenado severamente esta invasión, por sus miserables pretextos y por sus tendencias más miserables aún.

“El gobierno del Emperador no nos pide justicia, que nunca le hemos negado; á lo que real-

mente aspira, es á humillarnos, es á destruir una República libre y popular, en que han sido vencidas completamente las clases privilegiadas.

“Soldados: en vuestros denodados pechos más que en los fuertes que circundan esta ciudad, tiene la República cifradas sus más preciosas esperanzas.

“La Patria os ha mandado aquí para combatir los primeros, defendiendo su honor, su independencia y sus hermosos destinos, para mostrar una vez más todavía á sus injustos y pérfidos invasores, que México es grande, libre y digno de serlo, aunque otra cosa pregone un puñado de ilusos, de agiotistas y de traidores.

“Soldados: Al través de vuestros peligros vais á conquistar una gloria imperecedera.

“Para repeler á los orgullosos soldados de la Francia, os basta el ejemplo de vuestras propias hazañas en el 5 de mayo. México, el Continente de América y los hombres libres de todas las naciones están pendientes de vosotros, porque váis á defender su causa, la causa de la libertad, de la humanidad y de la civilización. Marchad, pues, á ocupar vuestros puestos, y confiad en que el gobierno nacional os auxiliará á toda costa y premiará dignamente vuestros servicios.

“Soldados: ¡Viva México, viva el ejército de Oriente!

“Puebla de Zaragoza, marzo 2 de 1863.—Benito Juárez.”

Luego, para dar todavía mayor ánimo á sus soldados, llamó en su auxilio la elocuencia de

M. M. Ernesto Picard y Julio Favre, é hizo esparcir y pegar por todas partes los discursos de estos dos franceses. Hecho esto, y como Juárez supiera la llegada de nuestro ejército, se apresuró á volver á México.

El 16 de marzo, en efecto, las primeras columnas francesas llegaban á los muros de Puebla. Nuestros soldados no se forjaban las mismas ilusiones del año anterior, ni se sentían animados de audacia temeraria; pero la confianza en el éxito no era menor y la composición del ejército la justificaba; el número no nos faltaba; la cualidad era de primer orden. El 99º de línea y el primer regimiento de zuavos, que combatieran en el primer sitio, ardían en deseos de tomar su revancha.

Pronto comenzó el ataque.

Los mexicanos, también, habíanse aprovechado del tiempo transcurrido. Completaron la defensa exterior de la ciudad, construyendo fortificaciones ligadas entre sí; luego, aprovechándose de la disposición de las casas que están agrupadas, formando islotes separados por calles de ángulos rectos, hicieron de esos islotes ó cuadros, otras tantas ciudadelas. La guarnición, compuesta de 22,000 hombres, se hallaba á las órdenes del general González Ortega, pues el general Zaragoza, vencedor del 5 de mayo, había muerto en septiembre de 1862. Animaban á los soldados belicosas disposiciones y esperaban, si no triunfar del ejército francés, por lo menos, resistirle larga y valientemente, lo bastante para que el go-

bierno tuviera tiempo de preparar la defensa de México.

Siempre prudente el general Forey, no pensó en intentar un golpe de mano sobre una plaza tan bien defendida y se resolvió á emprender un sitio regular.

Se atacó, en primer término, el fuerte de San Javier, en el centro del cual se elevaba una construcción gigantesca, de mayor solidez que una ciudadela: la penitenciaría militar. El 23 de marzo, en la noche, los ingenieros, á las órdenes del capitán Barillón, abrieron un corte que permitió á la artillería instalarse y batir en brecha el fuerte, durante los días 27 y 28.

Las granadas causaron en el fuerte tales destrozos, que el 29 pudo intentarse el asalto sobre las ruinas amontonadas. El general Bazaine arrasó á su división y arrebató la posición. En vano trató el enemigo de recobrarla; en vano prosiguió un violento fuego de cañón, hasta después de cerrada la noche; á pesar de esta ofensiva vuelta, á pesar de la granizada de granadas y de metralla, la posición quedó, definitivamente, por nosotros.

Este primer éxito era de naturaleza para provocar otros más decisivos y hubiera sido posible, esa misma noche, aprovechando la desmoralización que al enemigo causara su derrota, lanzar audazmente columnas de ataque y penetrar hasta el reducto fortificado que constituía el centro de la población. Los sitiados se lo esperaban, con-

siderándose ya como perdidos. Los franceses no se atrevieron á hacerlo.

Al día siguiente, nuestro exceso de prudencia había devuelto la confianza á los mexicanos, quienes se dispusieron á organizar la guerra de las «manzanas de casas,» fortificando todas aquellas que nos quedaban de frente. En lugar de un éxito decisivo, no habíamos logrado más que aproximar nuestra línea de ataque.

Este género de guerra era eminentemente favorable á los mexicanos que, á la manera de los chinos y otros pueblos menos adelantados, son valientes, sobre todo, cuando se sienten al abrigo. Por el contrario, era muy mortífero para los franceses. Cada manzana de casas formaba algo así como una ciudadela aparte, que no era de atacarse sino de cerca y, por consiguiente, con sacrificio de mucha gente. Cuando el cañón abría brecha en la espesura de las construcciones, y al no más estar accesible el paso, las tropas se lanzaban; pero se encontraban con bastiones ó con troneras hechas en la pared siguiente, desde las cuales se les hacían disparos encarnizados. A menudo, debían emplearse las minas para acabar con la resistencia.

Apenas conquistada una posición, era preciso emprender en seguida la misma operación, para otra manzana.

Habíamos perdido al general de Laumière, herido mortalmente en el asalto del 29 de marzo. Uno de los oficiales más valientes y brillantes del ejército, el comandante capitán, jefe de estado

mayer de la división, Douay, fué alcanzado por una bala en una revista de vanguardias y espiró el 11 de abril.

Ernesto Louet, pagador en jefe, había recibido uno de los últimos billetes que escribiera, el cual conservó cual cosa preciosa, en memoria de este leal y valiente amigo.

Es una hoja de papel plegada en dos, sobre la que, impresa con un sello húmedo, se lee lo siguiente:

«Cuerpo expedicionario de México. — Estado Mayor.

«Domingo:

Querido amigo: A eso de las dos, atacaremos una nueva manzana. El general Douay no enviará, pues, á vd. su correspondencia, sino en la noche; y le ruega que la envíe á cualquiera hora que vd. la reciba. Mil afectos. —CAPITÁN.»

La subscripción lleva atravesada estas palabras: *Muy urgente*. Reproducimos este billete, por más que tiene poca importancia en sí mismo, porque la indiferente calma que demuestra el comandante capitán, en vísperas de una acción mortífera, se engrandece é ilumina con lo trágico y prematuro de su muerte.

La toma de la iglesia de san Marcos y el ataque del convento de santa Inés fueron terribles jornadas y, en presencia de las pérdidas sufridas por nuestro ejército, fué preciso suspender la ejecución del plan primitivamente acordado de conquistar todas las manzanas, una después de otra.

Sin embargo, á fines de abril y después de una expedición que para hacerse de víveres condujera el coronel Brincourt hasta Atlixco, el general Forey, fastidiado con la prolongación del sitio, se decidió á reemprender los trabajos de ataque, pero esta vez los dirigió hacia el exterior de la ciudad, contra los fuertes del Carmen y de Totimehuacán.

Mientras ocurrían estos acontecimientos, Juárez, cuyo gobierno seguía residiendo en México, se había preocupado por venir al socorro de Puebla y, para el efecto, había logrado constituir un ejército de nueve á diez mil hombres, cuyo mando confió á su antiguo rival y actualmente su aliado, general Comonfort.

Púsose éste en campaña. Su plan consistía en proveer de víveres antes que todo á la ciudad sitiada, á fin de tener tiempo para estudiar la manera de socorrerla con mayor eficacia. El 5 de mayo, aniversario de nuestro fracaso, trató de hacer penetrar en Puebla un convoy de vituallas. La operación no tuvo éxito.

Al día siguiente, Comonfort resolvió intentar un esfuerzo más decisivo y el 6 de mayo, por la noche, concentró su cuerpo de ejército alrededor del pueblo de San Lorenzo, sobre una gran colina, 7 kilómetros al noroeste de Puebla. Luego estableció allí su artillería en batería, tras de fortificaciones de tierra, erigidas á toda prisa.

La presencia de ese ejército resultaba peligrosa para los sitiadores, que á su vez estaban sitiados por ese lado.

En este momento vemos aparecer, en plena luz, y por la primera vez en la guerra de México, la figura de un hombre, cuyo nombre, primero glorificado y más tarde aborrecido, adquirió universal celebridad.

Como historiadores de la guerra de México no nos incumbe hablar de lo que pasara después de ella y no saldremos del cuadro que nos hemos trazado. La conducta del general Bazaine en 1870 no tiene relación alguna con los hechos que relatamos, y, en cuanto á la opinión que se le mostró hostil á su regreso de México, no es nuestro ánimo aprobarla ni contradecirla por ahora. La relación imparcial de los hechos pondrá al lector en aptitud de juzgar por sí mismo y con imparcialidad.

Cualquiera que haya de ser la decisión futura, no por ello deja de ser deber nuestro el de dar á conocer lo que era á la sazón el general Bazaine. Harto se ha olvidado después.

El general Bazaine tenía magnífica hoja de servicios. Comenzó como simple soldado, por haberse enrolado como voluntario el 28 de marzo de 1831: todos sus grados fueron conquistados uno á uno, merced á su bravura y á su mérito. General de división desde Sebastopol, había mandado después la tercera división del primer cuerpo de ejército, durante la campaña de Italia y fué herido en el combate de Melegnano. En ese momento, el Emperador le hizo gran oficial de la Legión de honor.

Luego que el fracaso de Puebla fué conocido

en las Tullerías, fué Bazaine uno de los primeros á quienes se designó para mandar una división en México. Partió de Tolón el 23 de agosto de 1862 y llegó á Veracruz el 16 de octubre.

Se ha visto la misión de que le encargara el comandante en jefe al abrirse la campaña, y cómo, después de ejecutarla felizmente, volvió á reunirse con el grueso del ejército.

El general Bazaine estaba, desde su puesto de ataque y merced á sus emisarios, al corriente de todos los movimientos de Comonfort. Tan pronto como supo que se había establecido en San Lorenzo, concibió el proyecto de arrebatarle por sorpresa esta posición. Durante el día 7 se le vió dos veces venir al cuartel general del comandante en jefe para obtener la autorización necesaria. La seguridad de su golpe de vista militar, así como los recursos de su inteligencia, pudieron más que las vacilaciones del general Forey (1). Su bravura hizo el resto.

Cuatro batallones de infantería, tres escuadrones de caballería y dos baterías de artillería, que fueron designados para realizar esta importante operación, acamparon, al medio día, detrás del gran cuartel general, más allá del río Atoyac; luego, á la una de la mañana, empezó la expedición.

[1] Algunas personas atribuyen al general Forey la iniciativa de este proyecto. Pero los recuerdos de Ernesto Louet, que por su posición oficial tenía oportunidad de ver y de oír bien, son muy precisos y muy netos y no nos permiten separarnos de su opinión.

Como hablara muy correctamente el español, el general Bazaine se puso al frente de la columna y engañó la vigilancia de las avanzadas, respondiendo por sí mismo á su *¿Quién vive?—El primer regimiento de Guadalajara.*

Al rayar el alba, sus tropas, que habían avanzado con el mayor silencio, se hallaban á un kilómetro de distancia de San Lorenzo. Los mexicanos, sorprendidos con esa vecindad que estaban lejos de imaginarse, abrieron el fuego con todas sus baterías; pero el impulso de los asaltantes no se detuvo, ni siquiera se amortiguó. Trabóse un combate encarnizado á la entrada del pueblo, el cual se prosiguió de calle en calle durante dos horas y terminó, por fin, con la victoria de los franceses.

Quedaron en poder de nuestras tropas, mil prisioneros, ocho cañones, tres banderas y el convoy que se destinaba al socorro de los sitiados. El ejército de Comonfort, vencido y desbandado, desaparecía, antes del medio día, en la dirección de México y, al día siguiente, el general Bazaine, en medio de las aclamaciones del ejército, regresaba á ocupar su puesto en la línea de ataque.

La gloriosa jornada del 8 de mayo, al par que levantó el ánimo de nuestras tropas, un tanto amedrentadas por la peligrosa y larga guerra de manzanas, quitó á la guarnición de Puebla toda esperanza de liberación. Presintió que pronto se vería obligada á capitular y se preparó á ello.

La enérgica actividad del general Bazaine pre-

cipitó el desenlace. El 12, por la noche, abrió el primer corte delante del fuerte de Totimehuacán. Durante los días del 15 y del 16, la artillería desmontó todas las piezas de ese fuerte, destruyó sus tróneras y advirtió de ese modo á los mexicanos que un nuevo asalto era inminente.

No obstante que le quedaban hombres y que todavía poseía algunas fortalezas, el general González Ortega, á despecho de su real energía, comprendió que toda resistencia era en lo sucesivo imposible. Tomó resueltamente su partido, de acuerdo con una situación que no estaba en su mano modificar. En la noche del 16 al 17, hizo clavar los cañones de la plaza y romper las armas.

A las cuatro de la mañana, explosiones sucesivas despertaron la atención de los sitiadores; las polvoreras y los almacenes de municiones acababan de estallar y la bandera de parlamento apareció sobre las torres de la Catedral. Fué entregada al general Forey la siguiente carta:

“Puebla, 17 de Mayo, á las cuatro de la mañana.

“Señor General:

“No siéndome ya posible seguir defendiendo esta plaza, por la falta de municiones y víveres, he disuelto el ejército que estaba á mis órdenes y roto su armamento, inclusa toda la artillería. Queda, pues, la plaza á las órdenes de V. E. y puede mandarla ocupar, tomando, si lo estima

por conveniente, las medidas que dicta la prudencia; para evitar los males que traería consigo una ocupación violenta, cuando ya no hay motivo para ello. El cuadro de los generales, jefes y oficiales de que se compone este ejército, se haya en el palacio del gobierno, y los individuos que lo forman se entregan como prisioneros de guerra. No puedo, señor general, seguir defendiéndome por más tiempo; si pudiera, no dude V. E., que lo haría.—Acepte V. E., etc.—*González Ortega.*”

El ejército mexicano había cumplido valientemente con su deber y su jefe se había conducido con dignidad. La defensa de Puebla era un nuevo mentís á las insensatas esperanzas del principio. Ya estábamos lejos del batallón de zuavos que se pretendía era suficiente para hacerse dueño de México.

Considerables fueron los resultados, tanto morales como materiales que produjo la rendición. El fracaso del 5 de mayo de 1862 fué vengado gloriosamente. El ejército de Ortega ya no existía. Mil doscientos oficiales, de los que veintiseis eran generales, rehusaron firmar el compromiso que se les propuso de no servir más contra nosotros durante la guerra y prefirieron ser embarcados para Francia ó para la Martinica. Pero muchos de ellos, entre los cuales se encontraban Ortega, Porfirio Díaz, Negrete, etc., se evadieron en el camino de Veracruz.

Los soldados, en número de cerca de once mil, en su mayor parte indios indiferentes, habi-

tuados á dejarse manejar, aceptaron el ser deramados en el cuerpo auxiliar de Márquez y cambiaron así de partido, sin por eso cambiar de género de vida.

El 19 de mayo, el general Forey entró solemnemente en Puebla y asistió á un *sedtium* que se cantara en la Catedral.

Esta jornada tuvo gran resonancia tanto en el extranjero como en México.

¿Por qué, desde el día siguiente, las medidas impolíticas comenzaron á atenuar sus efectos?